

LA RESURRECCIÓN [194] [218 – 225]

2026

Contemplación (día 47)

Entramos en la Cuarta Semana de los Santos Ejercicios. Durante la Segunda Semana, Nuestro Señor nos propuso un desafío al cual no podemos no responder positivamente, después de haber contemplado que nos ama hasta el extremo. Su propuesta:

[95] ...es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.

Siguiendo nuestro combate cotidiano para ser fieles discípulos de Cristo, después de haberlo contemplado en su Pasión, nos toca ahora participar del gozo de su Resurrección. Contemplando su Victoria, nos motivaremos para responder generosamente a [53] *...lo que debo hacer por Cristo*, sabiendo que ese combate vivido con Cristo me introduce a la victoria.

Toda nuestra reforma de vida, nuestros propósitos, esos gestos concretos de conversión y de seguimiento fiel, me transfigurarán, de modo que completando en nuestra carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, como dice San Pablo¹, podamos decir: «*No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí*»². De este modo, podemos decir que **la fe en la Resurrección** no es simplemente aceptar que Jesús se levantó del sepulcro al tercer día, sino que **es la aceptación total del Misterio de la Redención**, que significa muerte a la vida del pecado para ser nuevas criaturas. Porque Cristo con su Muerte dio muerte al pecado y con su Resurrección nos dio nueva vida.

Con esta convicción comenzamos entonces con la primera Contemplación de la cuarta semana que San Ignacio presenta en el número [219] de los Ejercicios Espirituales.

ACTOS PREPARATORIOS

[218] LA PRIMERA CONTEMPLACIÓN CÓMO CHRISTO NUESTRO SEÑOR APARECIÓ A NUESTRA SEÑORA.

Oración preparatoria:

[46] *Oración.* La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

¹ cf. Col 1, 24.

² cf. Ga 2, 20.

La historia:

La historia a contemplar:

[219] 1° *preámbulo*. El primer preámbulo es la historia, que es aquí cómo después que Cristo espiró en la cruz, y el cuerpo quedó separado del ánima y con él siempre unida a la Divinidad, la ánima beata descendió al infierno, asimismo unida con la Divinidad; de donde sacando las ánimas justas y viniendo al sepulchro y resucitado, apareció a su bendita Madre en cuerpo y en ánima.

Podemos imaginarnos la historia. Es la madrugada del Domingo de la Resurrección. El mundo aún no sabe que Cristo ha resucitado, los discípulos están dispersos y confundidos, pero en una casa sencilla se encuentra la Virgen María. Ella ha vivido intensamente la Pasión de su Hijo, ha estado al pie de la Cruz, ha recibido su Cuerpo muerto, ha visto el sepulcro cerrarse. Sin embargo, su fe no ha desaparecido. María siempre creyó y esperó en las promesas de su Hijo.

Santa Brígida describe esa mañana de un modo muy elocuente:

Temprano en la mañana de Pascua, en el mismo instante en que la santa alma de Cristo volvió a entrar y revivificó su sagrado cuerpo en el sepulcro, María experimentó un éxtasis místico en el que su dolor y tristeza se transformaron en un gozo y felicidad inefables.

Justo en ese momento, después de llamar, San Juan entró en su oratorio y al encontrarla en medio de un esplendor celestial y completamente transfigurada por un júbilo sobrenatural, entendió que su señor acababa de resucitar del sepulcro. Mientras tanto, el cuerpo y el alma gloriosos del Redentor salieron del santo sepulcro brillando con todo el esplendor de su divinidad y el Señor resucitado se apareció inmediatamente a su Santísima Madre, junto con todos los Santos y Patriarcas del Antiguo Testamento. Estaba vestido con una túnica larga y blanca, con un manto que ondeaba suavemente en la brisa mientras avanzaba, reflejando todos los colores del arco iris mientras sus grandes heridas brillaban intensamente.

Composición de lugar:

[220] 2° *preámbulo*. El 2°: composición viendo el lugar, que será aquí ver la disposición del sancto sepulchro, y el lugar o casa de Nuestra Señora, mirando las partes della en particular, asimismo la cámara, oratorio, etc.

Si ustedes han tenido la oportunidad de ir a Nazaret, habrán visto la gruta contigua a la casa donde estaban los muros de la casa de Nazaret. Podemos imaginar que era similar la pieza donde se encontraba la Virgen, con unos muros sencillos. Hoy en día se encuentran en el Santuario de Loreto esos mismos muros que se encontraban en la casa de Nazaret cuando Ella recibió el saludo del Ángel. Una casa pequeña, sencilla, pero que sería testigo de los Misterios más grandes de la Redención.

Petición:

[221] 3° *preámbulo*. El tercero: demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor.

Este es el gran fruto: experimentar el gozo interior que produce la Resurrección de Jesús. Tener experiencia interna, que no sea un mero conocimiento o tener conciencia de que

Cristo resucitó. Si la Tercera Semana está caracterizada por el dolor, la Cuarta Semana de los Ejercicios está caracterizada por el consuelo. Pero, así como el dolor de la Tercera Semana, como dijimos, es un dolor específico, dolor porque Jesús sufrió por mis pecados; así también la alegría de la Cuarta Semana no es cualquier alegría, sino que está enmarcada en **la raíz del consuelo para el cristiano: la Resurrección de Cristo.**

Y esto exige de cada uno de nosotros un acto de fe. Si bien naturalmente es un don que hay que pedir, también es un don al cual tenemos que responder, como respondieron los Santos, como respondió María Santísima. De hecho, Ella, como ninguna otra persona en esta tierra, creyó, hizo ese acto de fe y podemos decir de modo excelente. Por eso es lógico pensar que es a Ella a quien primeramente se le apareció el Señor resucitado.

Y por eso también en esta Meditación pedimos de un modo particular su intercesión para que nosotros también **abracemos este Misterio de la Resurrección con todo nuestro ser**, así como lo hizo Ella. Porque, así como nadie se unió a la Pasión de Cristo como la Virgen, nadie ha vivido el Misterio de la Resurrección como Ella. Y abrazar este Misterio con todo nuestro ser, quiere decir configurar nuestra vida con esta verdad. En otras palabras, **vivir como resucitados.**

PUNTOS

[222] 1º *punto*. 2º *punto*. 3º *punto*. El primero, 2º y 3º punto sean los mismos sólitos que tuvimos en la cena de Christo nuestro Señor, núm. [190].

Primer punto

En el primer punto San Ignacio nos invita a ver a las personas, así como lo hizo en la Meditación de la Última Cena. Ver a las personas del Misterio que vamos a contemplar.

[194] 1º *punto*. El primer punto es ver las personas...y reflitiendo en mí mismo³, procurar de sacar algún provecho dellas.

Nos podemos imaginar entonces a María en silencio, recogida en oración, esperando en Dios. Quizás recordando las palabras del Ángel Gabriel en la Anunciación, en medio del dolor por la muerte de su Hijo, renovando en su corazón ese «Fiat», *hágase en mi según tu palabra*. Aunque su corazón está herido por el dolor, su fe permanece intacta. Así Ella renueva su entrega a la Voluntad de Dios. Probablemente no comprende todo, como le había pasado durante la pérdida de Jesús adolescente en el Templo, pero ya que guardaba todo en su corazón cada palabra y gesto de su Hijo, se acordaría de las promesas de su victoria sobre la muerte, se acordaría de las palabras de David del **Salmo 145, 13-16:**

El Señor es fiel a sus palabras,
bondadoso en todas sus acciones.
El Señor sostiene a los que van a caer,
endereza a los que ya se doblan.
Los ojos de todos te están aguardando ...
sacias de favores a todo viviente.

³ reflexionando en mi interior.

De pronto la Gloria del Resucitado llena el lugar. Cristo aparece vivo, glorioso, con las Llagas resplandecientes. Esas Heridas causadas por el pecado y el odio ahora son fuente de vida; son el signo perfecto de cómo Dios puede sacar bien del mal, y en todo trabaja por el bien de los que lo aman. Sí, porque los que se unen a esas Heridas con fe ahora son perdonados, sanados y renovados. Se cumple lo que anunció Dios por medio del Profeta Isaías: *«por sus llagas hemos sido sanados»*. (Is 53, 5)

Esas heridas son ahora el símbolo de la victoria de Dios. María experimenta cómo su corazón inundado por el dolor y el sufrimiento se transforma ahora en una fuente de vida para Ella y toda la humanidad. Ahora comprende mejor esas Palabras de Su Hijo en el Templo, escritas por **San Juan en el Capítulo 7, versículos 37 al 39**:

El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús se puso de pie, y gritó:

«El que tenga sed, que venga a mí y beba; el que cree en mí, —como dice la Escritura— de su seno brotarán ríos de agua viva».

Esto lo dijo acerca del Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él.

Y es que todavía el Espíritu no había sido dado porque Jesús aún no había sido glorificado.

Y nosotros nos podemos preguntar al ver, al reflexionar sobre esta disposición de María, sobre esta fe de María:

¿Qué hago cuando Dios parece guardar silencio en mi vida?

¿Espero y confío en Él?

¿Confío en su Providencia?

¿O en medio de la desolación me aparto de Él?

¿Hago actos de confianza, de amor a Dios, más profundos?

¿Permanezco fiel a Él como María?

Nos podemos preguntar:

¿Uno mis heridas a las Llagas de Cristo Resucitado con la convicción que Él ha vencido a los enemigos de mi alma y quiere arrancar de raíz mis pecados para que su Vida resplandezca en mi alma y en mis obras?

Cuando, por ejemplo, me toca experimentar un sufrimiento inesperado sea cual sea la causa, por cualquier motivo, ¿aprovecho eso para unir mis heridas, mis sufrimientos a las Llagas de Cristo Glorioso conscientes de que ellas son una puerta por las cuales yo puedo entrar precisamente al Corazón de Jesús? ¿Y de ese modo configurarme con el ofrecimiento que Él hace, por amor a mí, de su Vida al Padre? —por amor a mí y a todas las almas.

¿Le abro las puertas de mi corazón al Resucitado en los Sacramentos para que Él entre con su luz, su perdón y su gloria?

Segundo punto

[194] 2º *puncto*. El segundo: oír lo que hablan, y asimismo sacar algún provecho dello.

Podemos imaginar a Jesús entrando en la casa de la Virgen saludándola con estas palabras: «¡Alégrate, Madre!». La invitación a la alegría ya no viene de un Ángel como en el momento de la Anunciación, sino del mismo Cristo, el Rey Victorioso que se muestra a su

Madre para hacerle alcanzar la felicidad definitiva. Ahora su Hijo la invita a alegrarse no solamente por las promesas que se están por cumplir, sino más bien porque esas promesas se han cumplido y la hace partícipe de un modo único del Misterio de la Resurrección. Y Ella una vez más se llena de gozo porque Dios «*ha mirado la humillación de su esclava*». (Lc 1, 48).

San Luis María Grignion de Montfort describe cómo María se fue preparando para este momento. En el Tratado de la Verdadera Devoción número 44 dice:

Ya estaba llena de gracia cuando la saludó el arcángel Gabriel. Quedó sobreabundantemente llena de gracia cuando el Espíritu Santo la cubrió con su sombra inefable. Y siguió creciendo de día en día y de momento en momento en esta doble plenitud, de tal manera que llegó a un grado inmenso e incomprensible de gracia.

Al ver a su Hijo, Ella probablemente pronuncia palabras similares a las de Santo Tomás diciendo: ¡**Hijo mío y Dios mío!**

Podemos imaginarnos esta conversación entre Jesús y la Virgen, cómo Jesús la consuela con palabras amables, cómo Jesús le explica el Misterio de Su Vida, y Ella comprende ahora aún mejor todas esas cosas que había conservado en su corazón. Como dice San Lucas: «*María conservaba los misterios de la vida de su Hijo en su corazón*»⁴.

Tercer punto

[194] 3º *puncto*. El 3º: mirar lo que hacen, y asimismo sacar algún provecho dello.

Posiblemente la Virgen haya prorumpido en un nuevo *Magnificat* porque frente a la belleza de este Misterio no se puede más que dar gracias y alabar a Dios. María ve aún con mayor claridad el plan de Dios y el impacto que su «sí» tiene en la historia de la humanidad, y se alegra inefablemente en la Providencia de Dios. Se alegra porque Dios ha depositado en Ella todos los tesoros de su gracia, y se alegra porque esas gracias se extienden a través de Ella a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos. Se cumplen esas palabras proféticas del *Magnificat*: «*Desde ahora, dichosa me llamarán todas las generaciones*». (Lc 1, 48)

Por ello, San Luis María Grignion de Montfort en su Tratado, en el mismo número de 44, continúa diciendo:

Por ello, el Altísimo la ha constituido tesorera única de sus riquezas y dispensadora exclusiva de sus gracias para que embellezca, levante y enriquezca a quien Ella quiera; haga transitar por la estrecha senda del cielo a quien Ella quiera; introduzca, a pesar de todos los obstáculos, por la angosta senda de la vida a quien Ella quiera, y dé el trono, el cetro y la corona regia a quien Ella quiera.

Jesús es siempre y en todas partes el fruto e Hijo de María; y María es en todas partes el verdadero árbol que lleva el fruto de vida y la verdadera Madre que lo produce.

Nosotros nos podemos preguntar:

¿Reconozco y agradezco el don de la vida nueva que Cristo nos ha dado mediante tan buena Madre?

⁴ cf. Lc 2, 19; 2, 51.

- ¿Atesoro la vida de la gracia como lo más importante en mi vida?
- ¿Alabo a Dios todos los días por este don inmerecido?
- ¿Me tomo un tiempo durante el día para agradecerle?
- ¿O por el contrario estoy buscando mi felicidad en consuelos terrenos?
- ¿Estoy buscando mi tranquilidad, mi paz, mi alegría, en las criaturas?

Cuarto punto

Dice San Ignacio:

[223] 4° *puncto*. El cuarto: considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan miraculosamente⁵ en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della.

Esa divinidad ahora se muestra plenamente a la Virgen María, y Ella contempla con agrado la gloria de su Hijo, la belleza de su Cuerpo resucitado y todos los atributos del Cuerpo de Cristo.

Santa Brígida describe este momento con las siguientes palabras:

Considerad cómo ella fijó sus puros y expresivos ojos en su Hijo y no se cansó de mirarlo cada vez más, reposando su espíritu en esa belleza glorificada, en su augusta persona, noble, hermosa, virginal, joven, vestida con ropas celestiales de blancura resplandeciente. Su cabeza, que en la Cruz había estado tan cansada y reposaba sobre su pecho, **ahora se alza con majestad y gracia**. Su cabello, que había estado enmarañado con nudos de sangre coagulada, ahora estaba limpio y ordenado, enmarcando su rostro. Su rostro, entonces ensombrecido por las espinas, ahora brilla limpio y hermoso, bañado por el sol de la claridad divina y la luz perfecta. Sus ojos, que habían estado quebrados y eclipsados por la muerte, **ahora brillan y emanan la misma luz del cielo**. Sus manos, que habían sido perforadas por los clavos, caídas y sin vida cuando, al pie de la cruz, yacía en los brazos de su madre, **ahora resplandecen con belleza celestial**, entrelazadas dulce y tiernamente con las de su madre. Solo queda un signo de aquellos tormentos pasados: las cinco llagas. **Pero, con su gloria celestial, brillan como rosas en sus manos, pies y costado**.

Quinto punto

[224] 5° *puncto*. El quinto: mirar el officio de consolar, que Christo nuestro Señor trae, y comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros.

Imaginemos a Jesús consolando a Su Madre. Después de su Resurrección, uno de los primeros deseos de Nuestro Señor es consolar a su Madre. El mismo amor que lo llevó a la Cruz ahora se manifiesta en esta visita llena de ternura. Cristo recompensa la fidelidad de María. Ella, que participó del modo más íntimo en la Pasión de su Hijo, ahora también participa de un modo único en la alegría de la Resurrección.

Santa Brígida dice así:

María se postró en el suelo y adoró humildemente a su Hijo resucitado hasta que Él la tomó de la mano, la levantó y la atrajo hacia Sí en un maravilloso abrazo místico. Luego, en un

⁵ milagrosamente.

éxtasis de ferviente gozo y amor, escuchó una voz que le decía: «¡Amada mía, asciende más alto!». Y al mismo tiempo se le concedió una visión más profunda e íntima de la Divinidad de la que jamás había tenido antes.

Después, se volvió hacia los santos Patriarcas y las almas de los Bienaventurados, y mientras ellos se inclinaban ante ella, reconoció y habló con sus amados padres, Santa Ana y San Joaquín, su buen esposo San José y su amigo San Juan Bautista. Todos la honraron como la Madre del Redentor del mundo.

Reflexionemos sobre esta escena y unámonos al gozo de Nuestro Señor y Nuestra Madre. Cómo esa vida que brota del Corazón de Cristo ahora también brota del Corazón de María. Ella es ese canal puro a través del cual pasa la gracia de Cristo, pasa la Vida de su Hijo hacia todo el mundo.

Podemos unirnos a la alabanza de la Virgen. Podemos unirnos a su *Magnificat*. Podemos glorificar a Dios por esta obra tan hermosa.

Podemos también aprender de Ella que el camino a la victoria, que el camino a la luz, pasa siempre por la Cruz, y que ninguno de los sacrificios que hagamos por amor a su Hijo va a quedar, por decirlo así, perdido. No, porque como dice San Pablo a los Romanos: «Tengo por cierto que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros». (Rm 8, 18)

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio:

Y finalmente podemos concluir con el coloquio. San Ignacio dice:

[225] *Coloquio. Acabar con un coloquio o coloquios, según subiecta materia⁶ y terminar con un Pater noster.*

Dejemos entonces que nuestro corazón responda a las invitaciones del Espíritu Santo para hablar con Ella, para darle gracias, para unirnos —como dije— a su canto de alabanza; para hablar con Nuestro Señor, y pedirle también la gracia de seguirlo en sus Sufrimientos, acompañarlo en su Pasión de tal modo que podamos también unirnos a Él en su Resurrección. Porque como dice San Pablo: «Si con él morimos reinaremos con él». (cf. 2 Tm 2, 12).

Y podemos concluir esta Meditación con esa oración hermosísima donde la Iglesia celebra y se une en el gozo de la Resurrección diciendo:

Reina del cielo alégrate; aleluya.

Porque el Señor a quien has merecido llevar; aleluya.

Resucitó según su palabra; aleluya.

Ruega al Señor por nosotros; aleluya.

⁶ materia correspondiente.